

miento sin que hubiese influido en la legalidad y sinceridad de su conducta. Trabajó tambien mas este segundo Concilio que el primero, habiendo entrado en el exámen y decision de cuantos asuntos ofrecian reparo en el gobierno y disciplina de la iglesia.

Fué recibido el concilio de Trento en todos los estados del rey de España, en Italia, en la Alemania católica, en las Dietas de Polonia, en Portugal; mas no lo fué en Francia ni entonces ni despues, como habia sucedido en el Concilio antecedente.

CAPITULO XXIV.

Asuntos domésticos.-Se manda observar lo dispuesto por el Concilio de Trento.-Concilios provinciales.-Recibimiento en Toledo del cuerpo de San Eugenio procedente de Francia.-Reconocimiento de don Juan de Austria.-Su educación en Alcalá con el príncipe don Carlos y Alejandro Farnesio.-Venida á España de los archiduques Rodolfo y Ernesto.-Viaje de la reina á Bayona.-Reforma de algunas órdenes monásticas.-Santa Teresa de Jesus.-Carácter, prision, proceso y muerte del príncipe don Carlos.

INMEDIATAMENTE que concluyó el Concilio de Trento sus tareas, fué el primer cuidado de Felipe II mandar por un decreto la observancia mas estricta en todos sus dominios (1) de cuanto en aquella asamblea se habia decretado. En Francia y algunas mas partes del mundo católico, no fueron todas sus decisiones admitidas; mas en España pasaron sin excepcion, por poco menos que artículos de fé, y todas las de una aplicacion práctica, se pusieron inmediatamente en uso. Fué sin duda Felipe II el príncipe católico que con mas ardor trabajó y con mas eficacia porque tuviese efecto. Sin duda era el primero de todos ellos en ser y preciarse de ser un hijo obediente de la iglesia.

(1) Concilios provinciales.

Precisamente mientras duraban las sesiones del Concilio y á su terminacion, fué cuando estaba mas viva la pugna y convertida en guerra civil la religion en Francia. La Inglaterra estaba tranquila, mas se agitaba mucho Escocia. Los Países-Bajos se hallaban muy próximos á una gran conflagracion; mas antes de pasar á estas escenas de desórdenes y sangre, nos ocuparemos de asuntos interiores de España y casi puramente de familia.

El rey trasladó su corte á Madrid como hemos dicho, y se ocupaba en dar á este pueblo la extension é importancia de una capital, que adquirió en efecto durante su reinado. En el de Carlos V no tenia la cuarta parte de la circunferencia y poblacion con que contaba en el siguiente.

Seguendo el asunto de los acontecimientos domésticos de aquella época sin que lleven un rigoroso enlace cronológico, porque no es posible, pasaremos al del Concilio de Trento, cuyos decretos no solo mandó el rey por otro suyo que fuesen observados con rigor en todos sus dominios, sino que dispuso que se celebrasen concilios provinciales en todas las metrópolis, á fin de hacer recibir el general en la iglesia de un modo mas solemne. Asi se hizo en Toledo, al que asistieron los obispos de Córdoba, Sigüenza, Segovia, Palencia, Cuenca y Osmá; el abad de Alcalá la Real, el de Alcalá de Henares y otros; y al mismo tiempo por parte del rey y como su comisionado don Francisco de Toledo. En él se aceptó en todas sus partes el Concilio, y se hicieron estatutos saludables á fin de darle debido cumplimiento.

Durante la celebracion de este Concilio provincial en Toledo, tuvo lugar una fiesta y ceremonia de gran pompa. Deseaba aquel cabildo eclesiástico tener el cuerpo de san Eugenio que habia sido de sus primeros arzobispos y que se hallaba á la sazón en Francia: para lo cual suplicaron al rey y á la reina, interpusiesen su valimiento con su hermano. Condescendió el rey muy gustoso, y dió orden en París á su embajador para que

en su nombre hiciese esta peticion al rey Carlos y á su madre. Se suscitaron no pequeñas dificultades para la concesion de esta gracia sobre todo por parte del cardenal de Lorena, abad de san Dionisio, donde el cuerpo se guardaba. Mas al fin se vencieron todas, y habiéndose trasladado y depositado con gran pompa en la catedral de Paris, se dijo al rey de España que podia enviar por él cuando gustase.

El cabildo de Toledo comisionó á uno de sus canónigos llamado don Juan Manrique para que pasase á Francia á encargarse del depósito. Se puso este encargado inmediatamente en viaje y llegó á Burdeos, á donde el duque de Nevers habia ya traído el cuerpo del santo, metido en una rica caja y sellado por orden del rey Carlos. Así se hizo la entrega con toda solemnidad al encargado del cabildo de Toledo por el mismo arzobispo de Burdeos, é inmediatamente don Juan Manrique regresó con él á España.

Llegó el cuerpo á Toledo cuando se hallaba reunido allí el Concilio y ademas la corte con los archiduques. Salieron á recibirle á la puerta de la Usagra con el cabildo, el clero, las comunidades, las hermandades. Las calles se hallaban magníficamente colgadas y no faltaba ninguna de las demostraciones de un gran regocijo. El cuerpo se colocó allí sobre un altar con todas las ceremonias eclesiásticas. En seguida tomaron la caja el rey, los archiduques y demas señores, y echándosela á los hombros la llevaron en procesion hasta la catedral, á cuya puerta la recibieron los obispos y la pusieron en el altar mayor, terminando la funcion con toda pompa y ceremonia.

Uno de los grandes actos de política interior y doméstica de aquella época, fué el reconocimiento público de un hijo natural de Carlos V, criado hasta entonces bajo un velo misterioso, de la reserva mas profunda. Era don Juan de Austria, destinado á ser tan famoso en nuestra historia. Habia nacido este príncipe en Ratis-

bona por los años de 1547. El verdadero nombre de su madre es un secreto para muchos. Se creia vulgarmente que no lo era la que pasaba por tal, y habia dado su nombre por salvar la reputacion á otra dama de mas alta esfera. Mas son estos puntos históricos, cuya dilucidacion importa poco. Cualquiera que haya sido la verdadera madre de don Juan, manifestó en todos los lances de su vida que era digno de tener por padre al monarca mas poderoso é ilustre de su siglo.

A la muerte ó mas bien á la renuncia del emperador, se hallaba este príncipe poco menos que en la infancia; mas Carlos V le habia recomendado eficazmente en su testamento al rey Felipe, quien en esta ocasion como en otras muchas, desmintió la acusacion, que le hicieron muchos, de ser ingrato y desconocido á la memoria de su padre.

Don Juan se educó primeramente en Alemania, bajo la direccion de don Luis Quijada, confidente y privado del emperador: despues se le trajo á Castilla y lo tenia oculto bajo el traje de labrador en el pueblo de Villagarcía, que era de su señorío. En este traje se presentó á Felipe II por su disposicion en una cacería cerca de Valladolid y en medio de su corte. Al arrodillarse el muchacho lleno de la turbacion y temor que es natural, se levantó el monarca con bondad y le dijo con tono dulce y afectuoso. ¿Sabeis de quién sois hijo? Habeis debido el sér al emperador Carlos V, que tambien fué mi padre. En seguida le estrechó en sus brazos.

Asi fué instalado en la corte y familia de Felipe II, don Juan de Austria. Reconocido por hijo del emperador recibió todos los honores y distinciones debidos á su origen. Este reconocimiento, esta acogida tan cariñosa y tan solemne, no era menos honorífica para la memoria del emperador, que para el príncipe que era objeto de ella. Su mayor realce era para el rey que tan buen hijo se mostraba.

Tres príncipes jóvenes casi de una misma edad se criaban entonces en la corte de Felipe II: Don Juan de Austria, Alejandro Farnesio y su hijo el príncipe don Carlos. En medio de los ejercicios á que se dedicaban como todos los nobles de aquel tiempo que se destinaban á la carrera de las armas, quiso el rey que tomasen alguna tintura de las letras y con este objeto los envió á la universidad de Alcalá que era muy famosa en aquel tiempo. Allí cursaron algun tiempo, mientras bajo otro concepto completaban su educacion de príncipes y de caballeros.

Habia pedido Felipe II al archiduque Maximiliano, rey de Bohemia, y á su hermana María, le enviasen á España á los príncipes Rodolfo y Ernesto sus hijos, quienes habiéndose trasladado á Milan y de allí á Génova, llegaron en las galeras de Doria á Barcelona, donde se hallaba á la sazón el mismo don Felipe despues de haber celebrado cortes en Monzon. Recibió el rey con mucho cariño y agasajo á sus sobrinos, y despues pasó con ellos al monasterio de Monserrate donde asistieron á la fiesta de la Purificacion con toda ceremonia. De Barcelona á donde regresaron en seguida, partieron juntos á Valencia donde nunca habia estado el rey, y tuvieron un magnífico recibimiento. En seguida se dirigieron á Madrid donde se hallaba á la sazón la corte.

No dejó de dar que pensar la venida de los archiducos, y sobre todo la circunstancia de ser llamados por Felipe. Todos la consideraron como una consecuencia de lo disgustado que se hallaba con su hijo. A falta de este príncipe, eran herederos de Felipe los austriacos. Tal vez quiso el rey ponerse al abrigo de toda contingencia, y examinar por sus ojos el mérito de dichos príncipes.

Otro viaje (1565) se verificó despues, que aunque igualmente de familia, tampoco dejó de encerrar intereses de importancia. La reina de Francia, Catalina de

Medicis deseaba mucho ver á su hija la de España. Para satisfacer estos deseos, concertaron tener una entrevista en la frontera de ambos reinos. Debía de ser el rey tambien del viaje; mas no pudo acompañar á la reina que se puso en marcha en abril, acompañada de don Juan Manrique de Lara, su mayordomo mayor, de los duques de Alba, Infantado y Osuna, y otros grandes señores de importancia. Despues se les reunieron el cardenal arzobispo de Burgos, y los obispos de Calahorra y de Pamplona. Casi al mismo tiempo que la reina de España partió de Madrid, salió de París el rey Carlos de Francia con su madre, su hermano y lo mas florido de la corte. El rey y su madre llegaron al Vidasoa, donde recibieron á la reina Isabel con todas las demostraciones de alegría. De allí se la llevaron á Bayona donde se hicieron grandes fiestas, con todo el aparato, gala y magnificencia.

El verdadero fin de la entrevista era político, y la situacion del calvinismo en Francia no era el objeto menos importante. Inmediatamente que se vieron todos en Bayona, se dió principio á las conferencias, y para que fuesen mas secretas se abrió un paso de comunicacion entre las viviendas de ambas reinas, á fin de que pudiesen verse sin manifestarse en público. Habia dado el rey sus instrucciones al duque de Alba y á don Juan Manrique de Lara, mayordomo mayor de la reina, la que estaba prevenida de no hacer nada ni dar el menor paso sin el consejo de estas dos personas. Lo que se trató entre estos personajes fué un secreto; mas todos y los mismos calvinistas presumian que ellos eran el principal objeto de las conferencias. Se trató en ellas en efecto, de los medios mas eficaces de acabar con ellos. Y á lo que definitivamente fué, algunos mas príncipes, que no habian concurrido á Bayona, se adhirieron. Tambien se trató en aquellas conferencias del matrimonio del príncipe don Carlos con Magarita de Valois, hermana de la reina doña Isabel, y del rey de Francia, con la infanta doña Juana, ninguna de cuyas cosas tuvo efecto.

La reina doña Isabel se volvió á Madrid terminada que fué la conferencia. Para concluir lo que nos resta de referir de su persona, diremos que el año siguiente de 1566, dió á luz en Velsain, junto á Segovia, á una niña que fué llamada Isabel Clara Eugenia, y que en el de 1568, despues de haber malparido un niño de cinco meses, le sobrevino una maligna calentura de que falleció al cabo de muy pocos dias. Fué esta muerte objeto de sospechas y motivo de calumnias para los que acusaban á Felipe de ser el homicida de su hijo.

Viudo el rey Felipe II por tercera vez, y hallándose sin hijos, trató de casarse con Ana su sobrina, hija de Maximiliano, nacida en España mientras estuvo su padre de regente de este reino. Algunos historiadores dicen que con esta princesa se habia querido casar el príncipe don Carlos, y que de la negativa de Felipe II, dimanó el resentimiento que contra su padre alimentaba. Lo cierto es que Maximiliano intercedió por el príncipe cuando supo su prision, y que de sus ruegos no hizo Felipe ningun caso. Si esto es cierto, era el destino de este rey substituirse á su hijo en sus inclinaciones.

Por aquel tiempo habia promovido el rey alguna reforma en ciertas órdenes religiosas que habian oido en relajaciones y en abusos. Hacia entonces mucho ruido Santa Teresa de Jesus por la fundacion de la orden de carmelitas descalzos, mostrándose muy celosa en llevar adelante aquesta obra. De la reforma de las religiosas, pasó á la de los religiosos n viurtd de bula que alcanzó del papa en 18 de noviembre de 1568. La ayudaron mucho en estas tareas varios religiosos penetrados de su espíritu, entre ellos San Juan de la Cruz, Fr. José de Cristo, Fr. Antonio de Jesus, Fr. Gerónimo Gracian, y otros que son bien conocidos por sus cartas. Con motivo de estas reformas, se hicieron otras en los mercenarios, trinitarios y agustinos.

Los nombres de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio, lucirán mucho en el curso de esta histo-

ria. El del príncipe don Carlos, estaba destinado á otro género de fama. Sobre pocos personajes se han emitido juicios mas diversos, y se ha ejercido mas lo que puede designarse con el nombre de pasion de historiadores. Concuerdan los españoles en pintarle como un príncipe flojo, desaplicado, de poca capacidad, caprichoso hasta rayar en maniatico, de una educacion encerrada; mientras los extranjeros le atribuyen cualidades opuestas, nobleza y elevacion de sentimientos, y sobre todo las mas vivas simpatías hácia la suerte de los habitantes de los Países-Bajos. A estos sentimientos é ideas tan diversas de las de su padre atribuyen el ódio de que fué objeto para este monarca, sus padecimientos, sus persecuciones y temprana muerte. Para hacerle enteramente un personaje de romance suponen que este odio de Felipe no tanto se atribuye á incompatibilidad de principios y opiniones, cuanto á celos del hijo por la inteligencia secreta en que se hallaba con la reina su madrastra. Y estos amores y la catástrofe que se supone produjeron, han dado alimento á las plumas de los historiadores como de los poetas, sobre todo de los dramatisas. (1)

Que el príncipe don Carlos haya sido un jóven desaplicado, obstinado, caprichoso, y de muy mal carácter, nada tiene de inverosimil, ni hay motivo de rechazar el testimonio de tantos historiadores que lo afirman. Que su educacion hubiese sido descuidada, tan poco es un fenómeno. Hay que tener presente que los años mas preciosos para la enseñanza, sobre todo de la moral, los pasó fuera de la vista de su padre. Tal vez la princesa doña Juana no tenia el suficiente carácter y firmeza de ánimo

(*) Don Carlos, es una de las principales tragedias del célebre Schiller. A ser cierto lo que pone el autor en boca de su héroe, no hay lágrimas bastantes con que lamentar la suerte de un príncipe tan desgraciado y benemérito. Es imposible pintar con colores mas negros á Felipe. La pieza interesa, pero no es verdadera. Habrá algunos toques fieles de la época; mas á excepcion del personaje del duque de Alba, hay exageracion y hasta desfiguramiento en todo lo demás.

para refrenarle. Es un hecho que habia disgustos y desavenencias entre la tia y el sobrino, y que el emperador cuando le vió en Valladolid en su paso para el monasterio de Yuste, quedó muy descontento de su conversacion y sus modales. Si es asi, si el rey Felipe II no veia en la persona de su hijo las prendas y capacidad que naturalmente deseaba en su heredero, si tal vez hizo esfuerzos para corregirle y mejorarle que le fueron infructuosos, no es extraño que en su carácter severo no luciesen grandes sentimientos de cariño hácia un hijo que le daba tan pocas esperanzas.

¿Cuáles eran las ideas de don Carlos acerca de los Países-Bajos? ¿Cuáles eran sus principios sobre el modo de gobierno que les convenia? Son muy difíciles de dilucidar aquestos puntos, ni es probable que en la cabeza tan poco madura de este príncipe, cupiesen proyectos bien serios y bien meditados, sobre todo en materias de política. Que trataba de ir á Flandes, que tenia el mayor interés en hacer este viaje, que se creia la persona mas á propósito en Flandes en el estado de agitacion en que aquellas regiones se encontraban, es histórico, confesado por los españoles. ¿Nació de él la idea? ¿Le fué sugerida por alguno? Si al ser su padre sabedor de este proyecto aprendió ó le fué apuntado por alguno que su hijo desaprobaba el sistema de gobierno que en los Países-Bajos se seguia, y sobre todo que sus principios de religion no participaban de la inflexibilidad de los suyos: ¿se admirará nadie de que la frialdad que hemos establecido en la primera hipótesis, pasase á ser antipatía?

Pasemos al punto mas delicado y espinoso. El matrimonio del príncipe don Carlos con Isabel de Valois, hija de Enrique II, fué un artículo del tratado de Catán-Cambresis, convenido y firmado por entrambas partes. Los dos príncipes eran con corta diferencia de una misma edad, y aunque no se habian visto, es probable que tuviesen sus retratos. Antes de terminarse completamente las negociaciones, ocurrió la muerte de Ma-

ria, reina de Inglaterra, y Felipe II al verse viudo, pretendió sustituir á su hijo en el enlace concertado. No fué un cambio que se le propuso; fué una sustitucion pedida, solicitada por el mismo, á que accedió el de Francia. La princesa Isabel era hermosa, amable y agraciada, y la prisa que se dió para solicitarla el rey de España, muestra bien que su posesion era á sus ojos de gran precio. ¿Seria pues extraño, que el príncipe á quien se supone un jóven de pasiones fuertes, en todo el fuego de la primera edad, halagado desde un principio con la idea de la princesa, mirase en su padre el usurpador de su felicidad, y que el padre á quien no serian desconocidos estos sentimientos, considerase al hijo por no menos como un rival, suponiendo que la reina misma no tomase parte alguna y fuese del todo indiferente y hasta ignorante de lo que pasaba por don Carlos? Todo esto es natural y verosímil. Los historiadores españoles nada dicen sobre el particular; mas su silencio no es una prueba de que sea cierto, porque aunque lo fuese no se hubiesen atrevido á publicarlo. Algunos de los extranjeros lo aseguran y llegan hasta asentar que era recíproco el amor de la reina hácia el hijastro. De todos modos aparecen pruebas y suficientes razones para explicar el desvío, las prevenciones y hasta el ódio mútuo que existia entre Felipe II y el príncipe don Carlos. Los cortesanos, los historiadores de la época naturalmente habian de dar la razon al padre contra el hijo.

A ser ciertos muchos de los rasgos que algunos de ellos nos presentan de las extravagancias de este príncipe, se le debe suponer en un estado de demencia, y esto prueba que algun despecho violento, que alguna fuerte irritacion daba motivo á estos excesos. Se dice que una de sus diversiones favoritas era andarse de noche medio desnudo por las calles, y que en una ocasion habiéndole caido desde una ventana alguna cosa nada limpia, mandó en arrebató de cólera á uno de sus criados entrar en la casa, ponerla fuego y matar á cuantos habia

dentro, órden que el criado se excusó de obedecer, alegando que estaban administrando el viático á un enfermo. En otra ocasion, pareciéndole que le estaban algo estrechos unos botines que acababan de traerle, los hizo pedazos menudos, obligando al zapatero que se los trajó á comerse algunos, y dando ademas un bofetón á don Pedro Manuel, oficial de la cámara, por haberlos encargado así de órden de su padre. Otra vez por no haber acudido pronto don Alfonso de Córdoba, hermano del marqués de las Navas al toque de su campanilla, cogió al gentil-hombre en sus brazos, jurando que le iba á arrojar por la ventana; amenaza que trataba de llevar á efecto cuando á los gritos de don Alonso acudieron algunos criados á salvarle. Un cómico, de los que llaman de la legua llamado Cisneros, salió desterrado de Madrid de órden del presidente Espinosa, y alegó este motivo al príncipe para no hacer papel en una pieza que don Carlos deseaba se representase en su casa. La primera ocasion que el príncipe vió al juez, asiéndole con la mano izquierda y sacando un puñal con la derecha le dijo: ¡Con qué no quereis permitir que Cisneros venga á mi servicio! Por vida de mi padre que os voy á matar en este mismo instante; mas habiéndosele puesto de rodillas el juez, lleno de turbacion y de terror le pidió perdon en términos que se ablandó y al fin le soltó el príncipe. Hallándose un dia en un bosque con su ayo don García de Toledo, porque este caballero trató de hacerle reconvenções sobre su conducta, trató de apuñalarle, lo que evitó don Garcia huyendo á poner la cosa en noticia de su padre. Su conducta con el duque de Alba fué en el mas alto grado reprehensible. Habiendo ido á despedirse del príncipe para partirse á los Países-Bajos, le dijo el príncipe que solo á él pertenecía el encargo de ir á pacificar aquel pais, y que arrancaría la vida al que tratase de estorbárselo. Trató el duque de sosegarle, pero montando cada vez Carlos mas en cólera, sacó la daga y arremetió con ella al duque, quien se vió precisado á usar de su fuerza y de

la de los demas que á sus voces acudieron para salir de aquel apuro.

Tales son los excesos que los historiadores de aquel tiempo refieren de don Carlos, todos sin duda muy dignos de castigo; algunos improbables, como el último y el del juez Espinosa, pues no es creible que un monarca tan severo como Felipe, no hubiese castigado de un modo ejemplar semejantes atentados contra la misma dignidad y autoridad de su persona. Por último, llegó á sus oídos la noticia de que el príncipe trataba de escaparse á los Países-Bajos, y que habia escrito cartas á varios príncipes de Europa pidiéndoles proteccion contra el mal trato de su padre. El director de correos le dió avisos de que se habian pedido postas para el príncipe. Trató entonces el rey de apoderarse de la persona de don Carlos. La noche del 18 de enero de 1568, se presentó en su cuarto acompañado de varios personajes de su córte entre otras del príncipe de Evoli y el duque de Feria; se apoderó de sus papeles y de sus armas, sin dejarle ningun instrumento con que pudiese hacerse daño, y se marchó en seguida asignándole su aposento por prision, y encargando rigoroso confinamiento al cuidado de los mismos grandes. Se señalaron seis familias principales para hacer este servicio, y de ellas dos personas velaban al príncipe á todas horas del dia y de la noche.

Así quedó preso el príncipe don Carlos. Hasta este acontecimiento están casi de acuerdo los historiadores tanto naturales como extraños. En lo que sigue se encuentran importantes variaciones. En cuanto á los primeros, ningun historiador habla de que se le hubiese formado causa, ni instruido averiguacion de clase alguna, sobre todo públicamente ó sea de oficio. Todos consideran esta medida como simplemente preventiva y correctiva. Si se tomó con este último objeto, produjo un resultado contrario al que se deseaba. En lugar de entrar en sí, y de refrenar la impetuosidad de su caracter, adquirió nueva irritacion y subieron de punto sus capri-